

CARLOS GOÑI

UNA DE ROMANOS

UN PASEO
POR LA
HISTORIA
DE ROMA



Dos lobeznos humanos

Roma es la *urbs*, «la ciudad», el centro del mundo (*caput mundi*) adonde van a parar todos los caminos, la capital del Imperio, la ciudad eterna. Su nacimiento, como le corresponde a todo lo extraordinario, está cubierto por un halo de leyenda. El arqueólogo y el historiador, sobrecogidos por tanta grandeza, ceden el paso al mito, que revela lo inexplicable y llega a donde no puede la arqueología ni la historia. Como todo gran acontecimiento, la fundación de Roma echa raíces en el cielo, busca un origen divino. No se conforma con su linaje humano, quiere vincularse con los mismos dioses. ¡Cómo si no puede explicarse que una ciudad haya regido los destinos de la humanidad durante tantos y tantos siglos! Roma significa lo que fuimos, lo que somos y quizá lo que seremos; en ella están nuestros orígenes, nuestros logros y fracasos, nuestro orgullo y nuestras miserias, y también nuestro destino.

Todo comenzó con una manzana. No la que ofreció Eva a Adán, sino la manzana de oro que la Discordia dejó en el Olimpo «para la diosa más bella». La dichosa fruta –les ahorraré los pormenores: el juicio de Paris, el rapto de Helena y el juramento de los reyes griegos– vino a causar la guerra de Troya, de donde huyó el héroe Eneas, hijo del mortal Anquises y la diosa Venus, junto a su anciano padre y su hijo Ascanio. Tras la caída de Troya, reunió a un grupo de supervivientes y

partieron en busca de otras tierras. Fue así como se iniciaron los viajes de Eneas que Virgilio relata en la *Eneida*.

Eneas navegó por todo el Mediterráneo en busca de un asentamiento para su pueblo. Llegó hasta el sur de la península itálica (la Magna Grecia), pero allí se encontró con colonias griegas que no le acogieron favorablemente. Entonces decidió bordear Sicilia, para evitar el estrecho de Escila y Caribdis, y llegar más al norte. Pero tuvo que hacer escala en Drépano, donde murió Anquises. Cuando reanudaron el viaje, una tempestad los llevó a las costas de África, en concreto a la ciudad de Cartago; allí se encontró con la reina Dido, con quien mantuvo un apasionado romance.

Pero obedeciendo las órdenes de los dioses, que no querían que se asentase en una ciudad llamada a ser enemiga de Roma, abandonó Cartago y se dirigió a Cumas, donde visitó a la Sibila y descendió a los infiernos. De allí partió hacia el norte bordeando las costas de Italia, hasta que desembarcó en la desembocadura del Tíber. Remontó el río hasta la ciudad de Palanteo (emplazada en el monte Palatino, donde más tarde se asentará Roma) y se alió con el rey Evandro, que años atrás había sido huésped de su padre. Palanteo fue atacada por los rútuos, y Eneas intervino en la guerra con la armadura invencible que Venus había mandado fabricar a Vulcano. Tras la muerte de Palante, hijo de Evandro, un consejo de guerra decidió que la contienda se resolviese con un duelo entre Eneas y Turno, rey de los rútuos. Venció Eneas.

Eneas se casó con Lavinia, hija del rey de los latinos y fundó la ciudad de Lavinio. Por su parte, su hijo Ascanio adoptó el nombre de Iulo y, cuando murió su padre, trasladó la capital del nuevo reino a Alba Longa. Así se inició la dinastía albana. Uno de sus descendientes fue Proques, que tuvo dos hijos, Numítor y Amulio. Cuando murió Proques, le sucedió Numítor en el trono, pero Amulio lo destronó, lo desterró y se hizo con el poder. Para evitar que su hermano tuviese descendencia, mató a sus dos hijos varones y convirtió a su

hija Rea Silvia en vestal, ya que como tal debía mantenerse virgen.

Pero los planes de los dioses eran otros, así que Marte, el flagrante dios de la guerra, amó en secreto a Rea Silvia, quien concibió dos mellizos llamados Rómulo y Remo. Cuando nacieron, Amulio introdujo a los pequeños en una cesta y los echó al Tíber, convencido de que morirían. Sin embargo, la cesta vino a parar a un remanso del río. Los niños comenzaron a llorar y una loba los descubrió. El animal los amamantó en una gruta al suroeste del monte Palatino, la llamada gruta Lupercal, donde fueron encontrados por un pastor, Fáustulo. Éste los recogió y se los llevó a su mujer, Laurencia, para que los criara. Cuando cumplieron dieciocho años, Fáustulo les reveló su origen y ellos lucharon contra Amulio. Rómulo y Remo restituyeron el trono a su abuelo Numítor y decidieron fundar juntos una nueva ciudad en la colina Palatina, donde habían sido amamantados por la loba. Siguiendo una costumbre inmemorial, los dos hermanos marcaron en la tierra los límites de la ciudad y juraron matar a quien osara atravesarlos. Eso ocurrió el 21 de abril de 753 a.C.

Parece que el primero en violar el juramento fue Remo, quien asaltó los muros y se enfrentó a su hermano. Cumpliendo el juramento, Rómulo lo mató y cuando lo hacía pronunció estas palabras: «*Sic deinde, quicumque alius transiliet moenia mea*» (así acabará a partir de ahora cualquier otro que salte por encima de mis murallas; Tito Livio, *Ab urbe condita*, I, 7). La ciudad se llamó Roma en su honor y Rómulo se convirtió en su primer rey.

Ad libitum

Con la ayuda de los textos que hablan sobre los orígenes de Roma, podemos hacernos una idea de cómo se fundó la urbs. En primer lugar, Rómulo tuvo que buscar un paraje estratégico bien

defendido por la naturaleza, cerca del mar pero no costero, y lejos de las zonas pantanosas. Cicerón nos dice que «eligió un lugar abundante en fuentes, salubre en medio de una región pestilente; las colinas que la rodean, bien purificadas por el viento, proyectan su sombra sobre los valles» (De Republica, II, 6, 11). Como si siguiera las instrucciones de Marco Vitruvio, un arquitecto seis siglos posterior, que aconsejaba ubicar la ciudad en un lugar de aires sanísimos, alto y de clima templado, fuera de lugares pantanosos y no muy cerca del mar. Aunque, a decir verdad, el emplazamiento ya había sido elegido por los dioses: ¿quién, si no, hizo que la pequeña almadía que transportaba a los gemelos se detuviera en un remanso del Tíber, justo al pie del Palatino? ¿Y quién, sino el propio Júpiter —que ya fue amamantado por la cabra Amaltea—, dispuso que una loba criara a los dos lobeznos humanos? Roma no es un proyecto humano, sino un designio divino.

No sabemos si Rómulo era consciente de ello o simplemente buscaba un territorio para asentarse con su tribu. Lo que probablemente hizo fue, como era la costumbre del hombre arcaico y antiguo, consultar los augures para que determinaran el lugar idóneo. El augur señalaría el centro de la ciudad y trazaría un círculo alrededor, donde los habitantes construirían las murallas. Como un «círculo mágico», la murallas protegerán el templo que se construirá en el punto central, allí arderá el fuego sagrado y se realizarán los sacrificios a los dioses. Como toda ciudad, Roma también contiene lo sagrado, lo venera y lo protege. La muerte del hermano, que ha menospreciado el perímetro y ha puesto en peligro la ciudad, representa ese celo cívico que está por encima de los lazos de sangre.

Allí, en el centro sagrado, se conservará la tumba del héroe epónimo, en este caso Rómulo, quien en conexión con la divinidad fundó la ciudad, es decir, estableció un orden social y salvó a sus habitantes del caos. Como explica Josep Olives: «Es el héroe epónimo, modelo prototípico del ser humano en el aspecto evolutivo: cargado de virtud, vencedor de las fuerzas

involuntivas del caos, superador de las divisiones y fundador de un nuevo orden, que la ciudad misma representa. Con pocas variantes ése es el papel de todos los héroes fundadores de las ciudades antiguas, y no hay ciudad que no tenga el suyo, le rinda culto y que no venere su historia.» (La ciudad cautiva, Siruela, Madrid, 2006, p. 85).

Como pone de manifiesto el mismo autor, la sociedad posee un fundamento sagrado. De modo que todos los ritos cívicos tienen, en su origen, la función de vincular al hombre con lo sagrado. De hecho, el ciudadano romano podía sentir la presencia de los dioses en los distintos lugares de la urbs. La ciudad es una casa en grande, la casa de todos, y así como en la casa el hogar está en el centro, donde arde el fuego que da luz y calor, del mismo modo, el templo marca el centro de los espacios públicos. El fuego, que debía mantenerse siempre vivo, representa por una parte la claridad de entendimiento y, por otra, el calor del afecto, la amistad y el mutuo aprecio. Comprensión y amor son los dos grandes pilares que sostienen la sociedad.

Las encargadas de mantener encendido el fuego sagrado son las vestales. Si éste se apagara, se perdería el contacto con la divinidad y los valores que simboliza se pondrían en peligro. El fuego es un regalo de los dioses y representa el bien común. Por eso, el cometido de las vestales adquiere un valor cívico insustituible, razón por la que deben entregarse por entero a él y permanecer vírgenes durante los treinta años que duraba su servicio (tras este tiempo podían casarse). Los antiguos asociaban la virginidad con el cuidado del fuego sagrado porque la vestal debía renunciar al amor carnal para entregarse a un amor puro, fraternal y desinteresado, deben sacrificar su propio bien por el bien común.

Pero la virgen puede ser amada por un dios, pues sólo un dios puede atravesar el himen que pone límites al amor carnal. Rea Silvia concibe de Marte dos hijos que no podrá amamantar: su tío Amulio se los arrebatará, pero no se atreverá a dar-

les muerte porque sabe que tienen un origen divino. Abandonándolos a su suerte se abandona a sí mismo al Destino que le tienen preparado los dioses. Confía en que el río acabará con los dos pequeños, pero teme que algo extraordinario ocurra, por eso no duerme tranquilo, por eso espera el día en que ya crecidos sus sobrinos vengan a por él.

Seguramente, Amulio fue un tirano. Primero, porque arrebató a su hermano el poder que no le corresponde; segundo, porque gobierna con miedo, con esa suspicacia que le hace ver en todo el mundo un posible enemigo. Desconfiaría de todos los extranjeros que vinieran a proponerle algún pacto, incluso de sus propios asesores, dormiría con los ojos abiertos y con un puñal bajo la almohada. Probablemente sería severo y cruel en sus juicios y, como el príncipe de Maquiavelo, preferiría más ser temido que amado. Pero seguro que cuando le llegó su final lo aceptó como se acepta lo inevitable, porque siempre fue consciente de que había dejado una puerta abierta a la justicia divina. No existe el crimen perfecto.

* * *

El templo no sólo es el centro de la ciudad, sino su origen. A partir del altar del sacrificio emanan las fuerzas verticales y horizontales que unen al pueblo con la divinidad y sus antepasados, así como a los hombres entre sí. La conexión ascendente se pone de manifiesto en las llamas que suben hacia el cielo, así como el olor de la grasa, el humo del incienso y los diversos perfumes. Los alimentos que se ofrecen a los dioses son compartidos también por el pueblo en una comunión simbólica y real. Bajo el altar se hacía una pequeña hondonada (llamada mundus) donde se echaban puñados de tierra que el fundador había traído de su «ciudad madre» (Rómulo la habría traído de Alba Longa, de donde era su madre Rea Silvia), también se enterraban alimentos y regalos destinados a las fuerzas telúricas, así como las cenizas de los antepasados para que trai-

gan suerte y protección. A partir de este vínculo vertical, con el cielo y el inframundo (el Hades), el altar expande su círculo en las cuatro direcciones (Norte, Sur, Este y Oeste) dando lugar a las cuatro puertas principales de la ciudad. Como decía Platón, la ciudad es un hombre en grande, pero no sólo respecto a la organización sino también en la estructura espacial. El plano de la ciudad vendría a ser como el dibujo del «hombre cuadrado» de Leonardo da Vinci: el centro está en el ombligo y a partir de ahí se difunden el eje cardinal (cardo), de norte a sur, y el eje decumanus, de este a oeste, llamado así porque la envergadura de un hombre es equivalente a diez manos.

Esta estructura la encontramos en los campamentos romanos (castra): un altar (ara) como lugar central, al que se accedía por dos vías: la via principalis, de norte a sur, y la via decumana, de este a oeste, que daban a las cuatro puertas: praetoria, decumana, principalis dextra y principalis sinistra. Entre estas cuatro principales se podían abrir hasta ocho menores, dando lugar a doce puertas.

El suicidio de Lucrecia

El honor no es sólo cosa de hombres. También las mujeres romanas supieron dar la vida por algo que es más importante que la vida. Si los varones acometieron gestas memorables para salvar a la patria en el campo de batalla, las mujeres lo hicieron dentro de sus casas, en sus alcobas, sobre sus propios lechos. Parece que el honor masculino y el femenino, aunque de la misma especie, no son lo mismo. Aquél tiene que ver con el bien y la seguridad de la ciudad, de la patria, de la sociedad; éste, en cambio, hace referencia a la intimidad, a los recodos del corazón. Los dos ejemplifican el mismo sentimiento pero en direcciones opuestas: uno hacia fuera y el otro hacia dentro. ¿Qué sacrificio vale más: el que gana batallas y conquista territorios, o el que asegura lo cotidiano y revitaliza ese temple que nos hace humanos?

A Tulio Hostilio le sucedió Anco Marcio, el último rey latino-sabino. Los tres reyes siguientes fueron de origen etrusco: Tarquino Prisco, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio. La dinastía etrusca trajo nuevos aires a Roma, impulsó el comercio y la industria e introdujo el gusto por la comodidad y el lujo. Durante sus reinados se construyó la muralla de la ciudad, la Cloaca Máxima, el Circo Máximo y el puerto de Ostia; también se implantó el censo que dividió a la población en cuatro clases según los medios económicos, lo que incomodó a los patricios

que veían que hombres de origen plebeyo podían acercarse a su estatus político.

Pero la monarquía no iba a ser el sistema de gobierno apropiado para Roma. En su final definitivo tuvo mucho que ver una mujer: Lucrecia, una dama de la aristocracia, hija de Espurio Lucrecio Tricipitino, prefecto de la ciudad, y esposa de Lucio Tarquino Colatino.

Habían pasado 244 años *ab urbe condita*, desde la fundación de Roma, es decir, era el año 509 a.C., cuando los romanos se encontraban sitiando la rica ciudad de Ardea. En tales campañas, los momentos de ocio en el campamento eran muchos, sobre todo para los oficiales. En una de esas aburridas veladas, discutían Sexto Tarquino, el hijo del rey Soberbio, y su primo Tarquino Colatino sobre qué estarían haciendo sus esposas mientras ellos se hastiaban en una incómoda tienda. «Seguro que nuestras mujeres se están dando banquetes y disfrutando de la noche con sus amigos, riendo y bailando», decía el hijo del rey. «Eso no hará mi Lucrecia: seguro que se pasa las noches encerrada en su cámara bordando sin otra compañía que sus fieles esclavas», respondió el Colatino. Esta seguridad en la decencia de su mujer molestó tanto a Sexto que apostó su mejor caballo con su primo a que Lucrecia no era tan virtuosa como él creía. Aceptada la apuesta, los que se encontraban en la tienda se acercaron a Roma y comprobaron cómo efectivamente la mujer del príncipe se lo pasaba estupidamente rodeada de sus parientes y amigos. Acto seguido fueron a casa de Colatino y, sin ser vistos, pudieron ver a Lucrecia junto a sus esclavas bordar a la lumbre de un candil mientras suspiraba por la ausencia de su marido.

Colatino ganó la apuesta, lo que enfureció todavía más a Sexto Tarquino. Envidioso por la suerte de su primo (y avergonzado por la desvergüenza de su esposa) planeó seducir a Lucrecia y beneficiársela como fuera. Así que una noche desapareció del campamento sin ser notado y se llegó hasta la casa de Colatino. Lucrecia lo recibió como merece un prínci-

pe, con la máxima corrección y todo el cariño que permite la auténtica hospitalidad. Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche y cuando Lucrecia se dispuso a ofrecer a su huésped la habitación de invitados, Sexto la agarró fuertemente y la besó. Lucrecia rechazó aquel beso y quiso alertar a los esclavos, sin embargo, se encontró con un puñal amenazante en su garganta. Sexto la empujó hasta su alcoba y allí la violó. Volvió al campamento antes del amanecer: nadie había notado su falta.

A la mañana siguiente, Lucrecia mandó una nota a su marido y a su padre en la que les decía que había pasado algo muy grave y que acudieran de inmediato. A mediodía, llegaron Lucrecio, Colatino y su amigo Lucio Junio Bruto, sobrino del rey. Lucrecia les contó lo que había pasado y añadió: «Para demostrar que lo que digo es verdad y no sobrevivir a mi deshonor...», entonces, sacó una daga que escondía entre su ropaje y, sin dar tiempo a reaccionar a los circundantes, se la clavó en el corazón.

Lucrecia murió en brazos de su esposo. Cuando su corazón se paralizó, el de los que fueron testigos se encendió y proclamaron la afrenta por toda Roma. Junio Bruto encabezó la revuelta y marchó contra el rey y su hijo. Tarquino el Soberbio se vio obligado a huir primero a Tusculum y después a Cumas, donde el rey etrusco le dio asilo.

Ése fue el fin de dos siglos y medio de monarquía y el principio de una nueva etapa: la República. A partir de ahora los años ya no sólo se contarán *ab urbe condita*, sino también *post reges exactos*, después de la expulsión de los reyes.

Ad libitum

La historia de Roma conserva en su memoria el suicidio de Lucrecia como uno de sus grandes momentos. Una mujer derrotó a un monarca y cambió el signo de los tiempos. Se

puede decir que Lucrecia se sacrificó por la ciudad, ya que gracias a ella todos los demás se dieron cuenta de que estaban siendo gobernados por tiranos. Los hombres se conocen bien entre sí, comparten trincheras, ratos de ocio, luchan juntos y se divierten juntos, sin embargo, la mujer tiene la capacidad de ver a los hombres por dentro, de adivinar en un encuentro lo que llevan en su interior, sus grandezas y sus miserias, las más recónditas e inconfesables. Lucrecia lo vio en Sexto Tarquino y le pareció tan terrible que pensó que nadie la creería. Sólo una acción terminante podía salvarla a ella y a su gente: la muerte. Se puede decir que Lucrecia se quitó la vida para que viviera en libertad el pueblo romano.

Seguramente que Tarquino y su familia se comportaban como auténticos déspotas, sin embargo, faltaba esa gota que presentó Lucrecia para colmar el vaso, faltaba esa intromisión en el terreno de lo injusto, para que todos se dieran cuenta de que estaban siendo gobernados por un tirano. En ese momento, dice Cicerón, el rey se convierte en tirano, «en el monstruo más espantoso y repugnante, el más abominable que imaginarse puede delante de los dioses y de los hombres, que aunque conserva el aspecto de hombre, por la cualidad de sus costumbres es la peor de las fieras más poderosas y feroces. Porque ¿quién puede llamar justamente hombre a quien no quiere ninguna comunicación de derechos y ninguna afinidad social con sus propios conciudadanos?» (De republica, II, 26).

Pero el terreno de la injusticia que pisa Sexto Tarquino no está marcado por los seres humanos, porque, como bien observa Cicerón, en aquel tiempo no había ley alguna escrita sobre el adulterio. Pero «existía una norma directiva –advierte–, emanada de la naturaleza universal que impulsaba a los hombres a obrar bien y los apartaba del mal, que no empezó a ser ley precisamente cuando fue escrita, sino que lo era desde su origen, y su origen es el mismo que el de la mente divina» (De Legibus, II, 4, 10). Sexto Tarquino, al violar a Lucrecia, quebrantó, por tanto, la ley eterna, «la recta razón del supremo

Júpiter», que estaba escrita sin letras en los corazones de los hombres.

El suicidio de Lucrecia pone sobre la conciencia un auténtico dilema ético. La joven tiene que decidir entre vivir deshonrada o morir con honor. Ella sabe que las dos posibilidades atentan contra esa ley suprema a la que está apelando, sin embargo, es lo único que puede hacer para llamar la atención justamente sobre esa ley suprema. Para un romano la única forma, y además la mejor, de solucionar el dilema es actuar como hizo Lucrecia. La conciencia estoica romana no condena el suicidio, al contrario, lo justifica si el fin buscado es bueno. Suicidarse supone morir con honor. No nos extrañe, pues, ver a muchos romanos acabar sus vidas con su propia mano. Habrá que esperar al cristianismo para encontrar una condena explícita de esta práctica. San Agustín, por ejemplo, comprende la acción de Lucrecia pero piensa que no necesitaba quitarse la vida para limpiar su honor, porque estaba justificada por la ley divina y por su conciencia y, por tanto, comete suicidio –que para el santo es pecado– por no quedar expuesta a suspiciones humanae, a las sospechas humanas (La ciudad de Dios, I, 19).